



CUADERNOS  
DE HORIZONTE

LDH

***Diario austral***  
***Crónica de un viaje***  
***a la Argentina***

ANTONIO RIVERO  
TARAVILLO

## **Antonio Rivero Taravillo**

MELILLA, 1963

\*

Escritor, poeta, traductor, ensayista, biógrafo, es sevillano de adopción sin perder su vocación atlántica. Ha publicado biografías de Luis Cernuda y de Juan Eduardo Cirlot que obtuvieron sendos galardones; tres novelas que tienen por protagonistas a Octavio Paz, W. B. Yeats y José Antonio Primo de Rivera; varios libros de ensayos y aforismos y ocho de poemas, el más reciente de los cuales es *Svarabhakti* (Maclein y Parker, 2019).

Como traductor ha volcado al castellano la poesía de Keats, Shakespeare, Milton, Donne, Poe, Graves, Tennyson, entre otros autores y la prosa de Bloom, O'Brien, Drabble... Con su traducción de poemas de John Keats ganó el I Premio Andaluz de Traducción Literaria Rafael Cansinos Assens. Fundó en 2014, y dirige desde entonces, la revista *Estación Poesía* del CICUS (Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla).

El viaje conforma una parte importante de su escritura con títulos como *Las ciudades del hombre* (Libros del Peixe, 1999), *Viaje sentimental por Inglaterra* (Almuzara, 2007) y *Macedonia de rutas* (Paréntesis, 2010).

*Diario  
austral*

*Crónica de un viaje  
a la Argentina*

**ANTONIO RIVERO  
TARAVILLO**

Título de esta edición:  
*Diario austral. Crónica de un viaje a la Argentina*

Primera edición en  
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:  
septiembre de 2019

© de esta edición:  
LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:  
[www.lalineadelhorizonte.com](http://www.lalineadelhorizonte.com)  
[info@lalineadelhorizonte.com](mailto:info@lalineadelhorizonte.com)

© del texto y fotografías: Antonio Rivero Taravillo

© de la maquetación y el diseño gráfico:  
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico  
© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-25832-2019  
ISBN: 978-84-17594-39-8 | IBIC: WTL;1KLSA  
Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

CUADERNOS  
DE HORIZONTE  
SERIE ¿QUÉ HAGO  
YO AQUÍ?

*Diario  
austral*

*Crónica de un viaje  
a la Argentina*

ANTONIO RIVERO  
TARAVILLO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*





# *Diario austral*

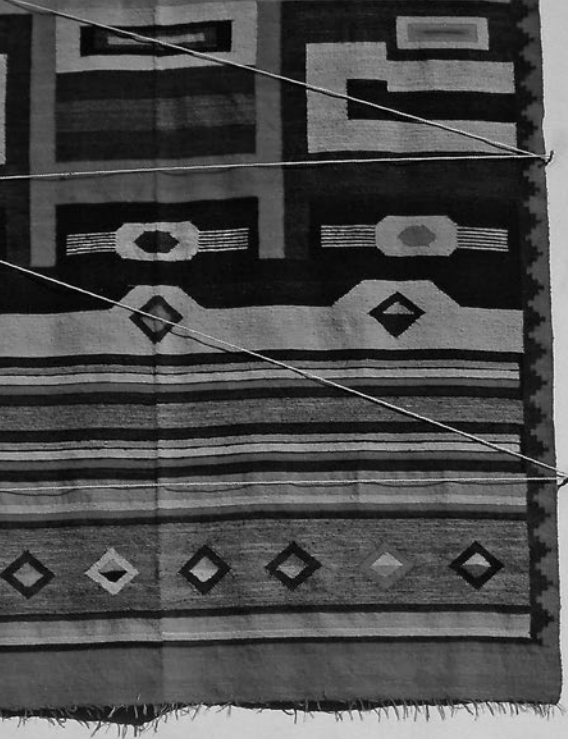
PREFACIO. País de asombros ...	11
La partida. Llegada a Buenos Aires. Caminito ...	15
De los sucesos. Borges. El tango ...	29
Cumplimentar a Gardel. Memoria de las Malvinas ...	41
Primera visión de las cataratas ...	57
Del lado de Brasil ...	63
Salta. Un gaucho niño. Literatura y exilio ...	69
Paseos y arqueología ...	75
Un no viaje ...	85
En Pumamarca. El Cerro de los Siete Colores. Tilcara ...	91
Ushuaia ...	99
Parque Nacional Tierra de Fuego. Tren de los presos ...	107
Canal Beagle. Faro y fauna ...	117
Lago Argentino. Parque de los Glaciares ...	123
Perito Moreno. Buenos Aires ...	129
Buenos Aires. Villa Ocampo ...	135
Cuando yo te vuelva a ver. Regreso ...	143



PREFACIO

**PAÍS DE ASOMBROS**





En el año 2010 por fin cumplí el deseo que abrigaba desde la primera juventud de visitar la Argentina. Llegué a ella con un pasaje de avión, no como polizón, que fue como arribó Julio Camba; y regresé con mi billete de ida y vuelta en regla, no expulsado por actividades políticas, como le sucedió al gallego. Era un año simbólico, el del bicentenario de la independencia declarada el 25 de mayo de 1810. Fue un recorrido que cubrió la mayor parte del extenso país, tan lleno de asombros. Para poder abarcar lo más posible en el tiempo del que disponía tuve que hacer algunos vuelos en avión para abreviar, pero también no pocos en autobús y furgoneta. Y vi en parte realidades que imaginaba y también irrealidades que no alcanzaba a imaginar. Fueron paisajes y gentes muy distintos, desde el norte lindero con Brasil hasta el extremo más sureño, ya en la región preantártica. Comencé entonces un diario que daba cuenta del viaje. Otras ocupaciones me retrasaron en su redacción y puesta a limpio, y así quedó durante una temporada. Una semana larga (siete años) después lo retomé y, ya finalizado, es este que se estampa aquí. Se trata de un itinerario y también de un catálogo de maravillas, irritaciones y formas de la estupefacción. Lógicamente, porque es literatura, hay una selección de lo que se cuenta, un prisma muy personal que descompone su luz, y un desarrollo a posteriori de algunas entradas.

Acaso resulte curioso ver, retrospectivamente, cómo han evolucionado algunas cosas que van de la política a la literatura. Yo, desde luego, soy otro, de ahí que tal vez no sea inoportuna la narración en tercera persona.

Una primera versión de este diario vio la luz, por entregas, en la revista *Clarín* (no confundir con el diario argentino homónimo) en los primeros meses de 2019. Aquí se presenta revisado y ampliado.

A.R.T., verano de 2019

SALTA  
UN GAUCHO  
NIÑO  
LITERATURA  
Y EXILIO



En el pequeño aeropuerto de Salta toma una camioneta que deja a varios otros viajeros en sus hoteles. Aún no ha anochecido, pero si viéramos con rayos infrarrojos el recorrido de los faros del vehículo, comprobaríamos que este ha ido tejiendo una red, como si el pececito de cuatro ruedas hubiera ido tupiendo su prisión conforme se movía. Él es el último, y entre tanto tiene ocasión de familiarizarse con la ciudad, que salvo las zonas más recientes —pero no nuevas, pues allí en el extrarradio las casas están hechas muchas veces con materiales de desecho— es una gran cuadrícula, que la camioneta recorre a toda velocidad, entre un tráfico caótico. Gabriel, el conductor, de quien desconfió al principio cuando lo abordó en la terminal para ofrecerle sus servicios, resulta ser un tipo bonachón, ya abuelo, que parece estar contento con la vida que lleva —o quizá sea de un fatalismo optimista, con la que le ha tocado en suerte—. Alaba a Salta, y conmueve oír cómo, según él, no les falta de nada a sus habitantes: tienen todo tipo de recursos, gas, los viñedos de Cafayate...

71

Como para no contradecir al locuaz Gabriel, se aloja en El Lagar, que ha sido la casa de una familia bodeguera, los Etchart, la cual lleva en el negocio del vino desde hace ciento cincuenta años y es propietaria aún de una finca en San Pedro de Yacochuya, en Cafayate. La mansión es un buen ejemplo de arquitectura neocolonial y solo por su tamaño —pues en calidad supera holgadamente a la mayoría— el hospedaje no llega a la condición de hotel y recibe la calificación de parador, nombre que los propietarios han tomado de esos establecimientos, generalmente especiales, de España. En la

biblioteca de la planta baja hay volúmenes sobre vinicultura y acerca del mundo empresarial, y por todas partes objetos artísticos y hermosos cuadros o esculturas del siglo XVII, junto a objetos de alpaca y alfarería indígena.

Hoy lleva todo esto Mariana Etchart, hija de don Arnaldo, que vendió sus bodegas al grupo francés Pernod, quedándose con el más pequeño predio de Cafayate.

—Esta casa debe de ser antigua, ¿no?

—De 1970. La diseñó el arquitecto Mariano Sepúlveda.

—Vaya, si yo ya había nacido. Me gusta mucho. Las paredes blancas, el color albero que enmarca el portal me hace sentir como en Sevilla.

—Bárbaro.

72      Aún tiene tiempo de visitar el centro. En la plaza 9 de Julio, con su quiosco de música y sus palmeras, y en las calles de los alrededores, concurridísimas, está casi todo lo que de interés posee la ciudad, comenzando por su hermosa catedral, cuya patrona es la Virgen del Milagro, a quien se hace responsable de que cesara el terremoto de 1693, uno de los varios que han sacudido Salta —el último, solo unos meses antes de que principiaran estas notas—.

Salta fue fundada en 1582, y de poco después data el cabildo, que luce ahora iluminado en su blancura, al otro lado de la plaza, con trazas similares al de Buenos Aires o al de alguna casa consistorial andaluza, encalada como este. Frente a ese centro civil, el rosa y crema, como de tarta, de la catedral atrae esta noche a un elevadísimo número de fieles, entre los que destacan grupos ataviados

con trajes regionales y estandartes. Un niño vestido de gaucho es el orgullo de su familia y, sonríe, Martín Fierro pequeño, al viajero que lo fotografía con permiso de los padres, no sea que en un pronto vaya a sacar el cuchillo al que estaría obligado blandir por su atuendo. El templo ha recibido un gran ornato de flores, y montañas de claveles ensangrientan el altar mayor. Aunque sobre la plaza, la catedral está en la calle España, como queriendo testificar la procedencia de la fe que da sentido al edificio. Una fe que ha tenido que imponerse, cuando no convivir con las religiones indígenas. Sobre una pila de agua bendita, esta cartela: «El agua bendita es un sacramental, una “cosa” sagrada. No la tire al piso. No la use como remedio. No la use mal (para curanderías, brujerías, etc.). Esto no agrada a Dios».

73

Por la noche lee algunos poemas de Alejandra Pizarnik. Esta parte del país no carece de escritores, pero la literatura de todo el país está fagocitada por la porteña, con algunos focos de resistencia en las grandes ciudades, que quedarán orilladas de este viaje: Córdoba, Mendoza, Rosario... Si Buenos Aires constituye el centro ineludible de las letras argentinas, no menos es cierto que ese centro, por diversas razones, se ha dispersado a menudo por una doble fuerza centrífuga que ha matizado su centropetismo. Muchos escritores, como gentes del común, abandonaron por décadas o para siempre la Argentina: en el caso de los primeros, unos buscando nuevas experiencias y oportunidades mayormente en Europa; otros, huyendo de la dictadura. Muchos de los nombres más destacados que se le vienen a uno a la cabeza han vivido



largas temporadas fuera, y algunos hasta han muerto en el extranjero —si puede llamarse extranjero a los lugares que quisieron hacer suyos—. Sucedió así con Cortázar, que, tras nacer en Bruselas, vivir la mayor parte de su infancia y su juventud en Buenos Aires y luego otras ciudades argentinas donde fue profesor, y residir en Italia y España, se estableció en París en 1951. Hoy está enterrado en el cementerio de Montparnasse. Borges, cuando supo que tenía un cáncer terminal decidió ir, como un elefante al cementerio, a Ginebra, según él una de sus patrias.

Pizarnik vivió en París varios años a comienzo de la década de los sesenta, y en la capital francesa conoció a Cortázar y a Paz, entonces agregado cultural de la Embajada mexicana. Oswaldo Lamborghini murió en Barcelona, donde estaba exiliado. Ricardo Piglia, aunque fue durante varios años profesor en universidades estadounidenses como Harvard o Princeton, volvió a la Argentina al jubilarse y murió en la capital. Juan Gelman se exilió a México, donde murió en 1984 tras haber residido también en otros países. Alberto Manguel, itinerante donde los haya (nació en Israel), ha vivido muchos años en Canadá y Francia. Otros exiliados (algunos con regresos) son Martín Caparrós, Marcelo Cohen, Antonio de Benedetto, Daniel Moyano, Oswaldo Soriano, Juan Rodolfo Wilcock, Tomás Eloy Martínez o Manuel Puig. No es una lista exhaustiva, y choca con la forja del país, que fue creado por emigrantes.

EN PURMAMARCA  
EL CERRO DE  
LOS SIETE COLORES

TILCARA





Muy temprano parte para la quebrada de Humahuaca. Deja a un lado San Salvador de Jujuy, y siguiendo el curso del Río Grande, que es una cinta de agua que se ha enamorado de la ruta nacional 9 y la corteja durante bastantes kilómetros en uno de esos noviazgos antiguos e interminables, pasa por las localidades de León, Volcán y Tumbaya, para, saliendo de la casi recta, acercarse a Purmamarca. Es el tramo argentino de la carretera Panamericana, que sigue curso hasta La Paz, la capital de Bolivia. Las rocas son pastillas de una caja de acuarelas, pinturas que se mezclan por capas, en palimpsesto mineral. Rosados, esmeraldas, violetas, naranjas, son las paredes de los montes, con el caso extremo del Cerro de los Siete Colores, a las afueras del pueblo, y ante el que se aposta un mirador, sólido balcón sobre el cambiante lienzo. En la arbolada plaza, y ante la Iglesia de Santa Roma de Lima, con su algarrobo centenario, un mercado de artesanía, que desborda ese recinto y tiñe de color las calles próximas. Alfombras, chales, ponchos confeccionados con la socorrida lana de alpaca y vicuña, junto a piezas de alfarería. En uno de los puestos, multitud de figuras de indígenas, a los que copian, transformados, los centenares de turistas que hormiguean por el pueblo desde temprana hora. Estamos en territorio indígena, y el país no recuerda en nada a los barrios porteños recorridos solo unos días antes. Aquí la piel es oscura, y maltratada por el sol, árida como el terreno en torno. Después, tras recoger el vehículo que ha quedado en las afueras de Purmamarca, sigue el viajero camino, dejando atrás la Posta de Hornillos y el pueblecito de Maimará, con su cementerio en la ladera

presidido por un cardón gigante. Hay cierta confusión en las proporciones, algo engañoso, un trampantojo: las construcciones de nichos parecen pequeñas casas, aún más minúsculas en comparación con el cardón, que adquiere las dimensiones de un cactus mítico que preside la vida y la muerte. Detrás de esta escena tan teatral, el telón de fondo, de graduales rojos, del cerro. A continuación viene Tilcara, con su pumará o fortificación precolombina —o, menos belicosamente, poblado— que trepa por una colina. Campos rojos moteados de verde, formaciones de arenisca.

Quedan aún bastantes kilómetros hasta Humahuaca: casas de adobe y muros encalados, por lo general de una sola planta —a casi tres mil metros sobre el nivel del mar, es como si los nativos no quisieran acercarse ni un centímetro más al sol su tez— y en la plazuela la blanca iglesia de la Candelaria y San Antonio, con sus dos torres del siglo XVIII. Conversa con Carlos, un colla —como se llama a los descendientes de los aimaras—. Tiene Carlos, como las gentes de estos pueblos, las mejillas coloradas, reventonas como claveles. Son grandes amigos del carnaval, que lo celebran de modo desaforado durante nueve días y nueve noches. Carlos toca en un grupo de música local: él el charango, y su hermano Martín la quena. En Humahuaca los modestos establecimientos de comidas ofrecen —copio de dos pizarras sacadas a la calle sin asfaltar— «empanadillas, colaciones, alfeñiques, dulce casero, nuez confitada, alfajores de quinua, kapia y kigüicha, vino patero, mistela polen, miel de caña, arroje de chñar, moro moro, batata en almíbar, arroje

de tuna y escabeche de llama». Se oye el quechua en estas callejas en cuesta, conversado por los indígenas y el sol abrasador, que sabe más por viejo que por diablo, habrá tenido tiempo de aprender unas palabras.

En no pocas ventanas —más honrado es decir esto que calificarlas de escaparates— hay también carteles que anuncian coca y bica. No es que sea legal la hoja de coca —aunque sea para masticarla—, pero las autoridades hacen la vista gorda en esas zonas limítrofes con Bolivia. Y se ve hacerlo con frecuencia en las aldeas de las quebradas. Con la coca se hace una bola que se coloca dentro de la boca junto a los molares. El bica, el bicarbonato, un alcalino, sirve para estimular la savia cuando la hoja ha perdido su efecto tras llevar varias horas en la boca. Bajo unos toldos, los indígenas venden sus obras de artesanía: textiles de lana de llama, algo de loza y cacharrería, muñecos que los reproducen a ellos mismos con sus vistosas prendas y que, para ser perfectos, deberían tener también, ofrecidos a la venta, esos muñecos que los reproducen con sus vistosas prendas... No es raro ver controles de la Gendarmería en las carreteras. En un principio solo usaban la coca los emperadores incas y su aristocracia, como escribió el Inca Garcilaso de la Vega: «...la hierba llamada coca, que los indios comen, la cual entonces no era tan común como ahora, porque no la comía sino el Inca y sus parientes y algunos curacas (autoridades indígenas), a quienes el rey, por mucho favor y merced, enviaba algunos cestos de ellas por año».

EL LIBRO QUE TIENE EN  
SUS MANOS VIO LA LUZ  
DURANTE EL EQUINOC-  
CIO AUSTRAL, EL TIEMPO  
EN QUE LAS JACARANDAS  
TIÑEN DE VIOLETA LAS  
CALLES DE BUENOS AIRES.



## CUADERNOS DE HORIZONTE

Una ventana a la que asoman ideas y también miradas con las que reconsiderar los lugares que transitamos. Textos breves para pensar el viaje a través de la sociología y el pensamiento; la crónica o el relato breve, sin que falte una reflexión sobre la naturaleza y el paisaje.

CU#10 *Ensayo sobre el exotismo*  
VICTOR SEGALEN

CU#11 *Viaje de Egeria*  
CARLOS PASCUAL (ED.)

CU#12 *Variaciones sobre Budapest*  
SERGI BELLVER

CU#13 *Huellas negras*  
DIEGO COBO

CU#14 *Imagen de la India*  
JULIÁN MARÍAS

CU#15 *Tiempo de Hiroshima*  
SUSO MOURELO

CU#16 *Eva en los mundos*  
RICARDO MARTÍNEZ LLORCA

CU#17 *La ascensión al Mont Ventoux*  
FRANCESCO PETRARCA

CU#18 *El espíritu de Roma*  
VERNON LEE

CU#19 *Diario austral*  
ANTONIO RIVERO TARAVILLO



*Diario austral* es el relato de un viajero atento y entregado a los asombros del camino. Con el sosiego de un *flâneur* de nuestros días, cuenta su deambular por la Argentina actual, un país trenzado en sus soberbias naturalezas, tanto como en su híbrida y sugerente suma de culturas. Con lirismo y precisión se mezclan en este diario de viaje algunos de los grandes iconos y personajes del país en una algarabía a la que asoman el tango o el canal Beagle, Borges o la Guerra de las Malvinas, Fogwill o el siempre fascinante glaciar Perito Moreno, sin olvidar un retrato personal del populoso Buenos Aires, de las cataratas de Iguazú, la norteña Salta o la casi antártica Ushuaia.

Rivero Taravillo, uno de los habituales autores españoles de literatura de viajes, combina aquí con pulso ameno las impresiones y reflexiones trashumantes sobre un país generoso en complejidad y belleza que nunca deja indiferente, a la vez que convoca en sus páginas la memoria de sus escritores, la vida de sus ciudades y los personajes que urdieron su historia e intrahistoria. Un relato que ahonda en los contrastes y desafíos de un país profundamente original.

***En los últimos dos lustros, Antonio Rivero Taravillo ha producido una obra de importancia singular que se derrama en diferentes brazos.***

**JUAN BONILLA**

IBIC: WTL; 1KLSA

**LA LÍNEA DEL HORIZONTE**  
*ediciones*

[WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM](http://WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM)

